

EL HOMBRE EN LA CAJA

Alfredo Ramírez Vega



Capítulo 1

Cuando José R se despertó aquella mañana, lo primero que le sorprendió fue no poder constatar si tenía los ojos abiertos o cerrados. Sentía su cuerpo completamente descansado, así que intuía que ya habían pasado sus obligatorias ocho horas de sueño y debía haber amanecido, pero tal era la oscuridad que reinaba a su alrededor, que le resultó imposible de comprobar racionalmente si lo que estaba viendo era su habitación completamente oscura, o el reverso de sus propios párpados. Así que parpadeó unas cuantas veces para intentar verificar su propia vista, pero el resultado no le aportó ningún dato útil. Sintió sus músculos orbiculares en movimiento, pero sus nervios ópticos fueron incapaces de captar ninguna diferencia de luminosidad que hubiera podido entrar a través de sus pupilas. Lo siguiente que pensó fue en mover su mano delante de sus ojos, a ver si era capaz de captar algo a una menor distancia. Así que levantó su brazo a ras de su torso y se lo llevó hasta su cara, sin llegar a tocarla. La movió delante de donde se suponía que hubieran debido estar sus ojos, pero estos se mostraron igualmente ineficaces a la hora de atisbar nada que no fuera una negrura absoluta, sin ninguna variación.

José R comenzó a ponerse nervioso. La primera conclusión lógica que podía deducir de su deficiencia visual era que había perdido el sentido de la vista mientras dormía. Pero cuando intentó incorporarse de un tirón en la cama le pasó algo muy curioso a la par que inquietante: su frente golpeó contra una superficie plana y dura que estaba aproximadamente a medio metro por encima de él. Automáticamente su cabeza rebotó contra la almohada, al tiempo que sentía que la frente le ardía por el choque. ¿Qué había pasado? Con lentitud y precaución estiró la mano que momentos antes no había podido ver, hasta que, efectivamente, a poco más o menos medio metro más arriba, justo en la vertical sobre su nariz, ésta tomó contacto con una superficie plana y dura, que tenía un tacto poroso parecido al de la madera. Siguió la superficie hacia abajo con las yemas de los dedos, y comprobó que se prolongaba encima de él hasta donde llegaba su brazo, por debajo de su cintura. Volvió a subir su mano y continuó comprobando por encima de su cabeza, donde pudo verificar que ahí había un ángulo recto, y otra superficie con el mismo tacto bajaba hasta por debajo del cabecero de la cama. Comprobó sus propios lados: efectivamente, esa superficie le rodeaba por todas partes. En cuanto a los pies de la cama, no pudo comprobar nada pues no podía incorporarse, ni doblarse para llegar hasta él con las manos. Así que hizo lo lógico: sacudió las piernas hasta que pudo sacar los pies de debajo de las sábanas, y estiró la punta hasta que el extremo de sus dedos tocó la misma superficie dura y porosa que ya antes hubiera tocado en las otras cuatro direcciones. No podía tratarse de otra cosa: estaba encerrado en una caja de las mismas dimensiones aproximadas en largo y ancho que su propia

cama. En cuanto al alto, se elevaba medio metro por encima de su cuerpo. Como sentía aún el colchón en su espalda, la almohada bajo su cabeza, y el tacto de las sábanas que momentos antes había apartado con el pie, intuía que estaba en su propia cama, que no era otra, extraña. Su olor era demasiado característico para no reconocerlo aún en la oscuridad más absoluta. Sabía que, con las patas más el somier y el colchón, esta se elevaba sobre el suelo unos 50 centímetros aproximadamente. Así que si la caja en la que estaba tenía medio metro más, debía tener una altura total de 1 metro. Así pues, estaba dentro de una caja de 2 metros de largo, por 1,20 de ancho, por 1 metro de alto. No podía obviar el hecho de que podía tratarse de un ataúd en toda regla. ¿Quizá había muerto durante la noche, lo habían amortajado y metido en su féretro, y él no se había dado cuenta? Pero era imposible. Recordaba perfectamente encontrarse bien cuando se fue a dormir la noche pasada. Y no es lo habitual que la gente muera durante la noche sin haber dado síntomas de malestar previo. Así que, si no estaba muerto, ¿por qué estaba en una caja? La siguiente conclusión que le vino a la mente de manera súbita y espontánea fue aún más aterradora que la expectativa de estar muerto: estaba encerrado.

Al cabo de estos pensamientos, José R hizo lo siguiente que se suele hacer en estos casos: romper a gritar como si estuviera poseído. Y, de hecho, sí que estaba poseído, pero no por ningún demonio ni espíritu sobrenatural, sino por un completamente natural estado de pánico que iba en aumento de manera exponencial. Su pecho subía y bajaba violentamente al ritmo de sus alaridos, y la garganta le ardía, pero gritó y gritó hasta que ya no pudo más.

De repente se calló, rompiendo el silencio tan sólo con unos angustiosos jadeos que no podía evitar. Respiraba tan fuerte que enrarecía el aire que había dentro de la caja. Se dio cuenta de que si seguía así no tardaría en gastar todo el oxígeno y en morir asfixiado, por lo que tendría que cambiar de estrategia. Intentó calmarse y aún aguantar la respiración para intentar escuchar algún ruido que proviniera de fuera de la caja, pero los latidos de su propio corazón se escuchaban con tanto estruendo que le distraían de los sonidos ambientales. De hecho, los latidos parecían que sonaban cada vez más fuertes, como si fueran pasos que se acercaban. ¿O eran realmente pasos que se acercaban? No podía diferenciarlos, y eso lo angustiaba aún más y le incrementaba el estado de ansiedad, y, de manera sintomática, el ritmo cardíaco, lo que provocaba aún más interferencia, atrapando a José R en un bucle sin fin del que parecía que tenía tan poca escapatoria como de la propia caja que le mantenía

encerrado.

– ¿Hola? ¿Hay alguien ahí? - sollozó José R, mientras sentía que las lágrimas comenzaban a deslizarse por sus mejillas hasta caer en sus oídos.

– Calla, hijo mío, no montes escandaleras – le dijo una voz desde fuera de la caja, que él reconoció como la de su madre.

– ¿Mamá? ¿Eres tú? ¿Por qué estoy encerrado en esta caja? Aquí dentro está muy oscuro, y me falta el aire – le lloró José R a su madre como cuando era un niño chiquitito.

– Ha sido por orden judicial – le contestó la madre con toda naturalidad, como si fuera lo más normal del mundo. – Esta mañana, cuando aún dormías, llegaron unos guardias a casa y me enseñaron una orden que decía que debían encerrarte, así que te pusieron una mascarilla con un gas para que no te despertaras mientras clavaban a martillazos las paredes de la caja alrededor de tu cama. Pero mira, por lo menos estás en tu propia cama, no en una cama extraña, que ya la conoces y te resulta cómoda. Ya sabes lo que te cuesta dormir cuando te quedas fuera de casa, sin tu almohada y tus sábanas... –

José R no daba crédito a lo que estaba escuchando. – ¡Pero qué dices, mamá, estás desvariando! Yo no he hecho nada malo, ni ilegal. ¿Por qué iba ningún juez a dictar una orden para encerrarme así, de esta manera? Además, lo más normal es que me hubieran detenido y llevado a comisaría, me hubieran hecho un juicio donde hubiera podido tener un abogado, y me hubiera podido defender de cualquiera que hayan sido las acusaciones. Pero ésto no tiene sentido, mamá, ningún sentido... ¿Por qué no me despertaste para que pudiera haber hablado con los guardias? Quizá se trató de algún error, quizá en los cargos, o en la sentencia... Sí, debió tratarse de eso... Todo esto ha sido un error. –

– Estate tranquilito, mi niño, los guardias fueron muy amables, y me explicaron no sé qué cosa de una nueva ley, que, según parece, tú has

infringido. Pero también me dijeron que no te preocuparas, que sólo estarías encerrado en esa caja un día, y que mañana a la misma hora a la que hoy te encerraron, vendrán a desmontarla y a dejarte libre. -

- Esto no puede estar pasando debe tratarse de una broma no puede estar pasando si es una broma no tiene ninguna gracia no tiene gracia no tiene ninguna gracia si es una broma no tiene ninguna gracia quiero que pare quiero que pare que pare ya quizá aún estoy dormido y es una pesadilla en ese caso quiero despertarme quiero despertarme no quiero seguir soñando ésto ni un segundo más quiero despertarme quiero despertarme - pensó José R para sus adentros.

- ¡MAMÁ SÁCAME DE AQUÍ! - le gritó a su madre, cayendo inexorablemente en el paroxismo de la histeria. - ¡SÁCAME DE AQUÍ JODER MAMÁ QUIERO QUE ME SAQUES DE AQUÍ YA DE UNA PUTA VEZ JODER NO PUEDO RESPIRAR NO AGUANTO AQUÍ NI UN DÍA NI UNA HORA NI UN MINUTO MÁS SI NO ME SACAS YA ME VA A DAR ALGO ME VOY A MORIR MAMÁ LO SÉ NO AGUANTO AQUÍ ENCERRADO POR FAVOR MAMÁ!

- ¡JOSÉ! ¡CÁLLATE Y NO MONTES ESCANDALERAS NI DIGAS PALABROTAS! ¡QUÉ SE VA A CREER EL JODÍO CHIQUILLO ESTE, CARAJO! SI SIGUES GRITANDO ASÍ SE VA A ENTERAR TODO EL VECINDARIO DE QUE VINIERON LOS GUARDIAS Y TE ENCERRARON, Y NO TENGO GANAS DE TENER QUE ESTAR EXPLICANDO A LAS VECINAS LO QUE QUIERAS QUE HAYAS HECHO! ¡NO ME EXTRAÑARÍA QUE FUERA POR ESAS PELÍCULAS GUARRAS QUE TE DEDICAS A VER TODAS LAS NOCHES EN INTERNET, QUE LOS HIJOS SE CREEN QUE LAS MADRES SOMOS BOBAS, PERO YO SÉ BIEN LO QUE HACES AQUÍ DENTRO, CUANDO TE ENCIERRAS EN TU HABITACIÓN POR LAS NOCHES!

José R ya no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. ¿Qué había hecho él? De hecho, ¿qué podía haber hecho ningún ser humano para merecer semejante castigo? Era imposible que existiera ninguna ley que castigara ningún delito, aun por más terrible que fuera, con semejante pena. Que él recordase, cuando se había ido a la cama la noche anterior con la sana intención de dormir, todavía vivía en una democracia legítima, un estado de derecho constitucional, en el que resultaba impensable que una institución pública se arrogara la potestad de encerrar dentro de una caja a un ciudadano, en su propia casa, después de haberlo drogado para que no se resistiera. ¡Y que su propia madre fuese cómplice de este hecho

tan execrable! ¿O quizá sí que había cambiado algo, se había aprobado alguna ley que justificara semejantes medidas, y él no se había enterado porque siempre estaba demasiado ocupado delante de la pantalla del ordenador con esos juegos online que tanto le gustaban? Era un hombre hecho y derecho, que tenía un trabajo estable, se ganaba la vida honradamente, colaboraba en la manutención de la casa y pagaba sus impuestos. Así que, ¿por qué no iba a tener derecho José R a gastar su tiempo libre, su tiempo de ocio, en las actividades que le viniesen en gana? A veces incluso le gustaba ver alguna película para adultos en internet. ¿Y por qué no? Él era un adulto, y no hacía daño a nadie. Salvo que dichas actividades también hubieran sido declaradas ilegales y él no se hubiera enterado. Quizá fuera eso. Quizá últimamente ha estado demasiado tiempo jugando al Call of Duty Modern Warfare Online, y no se ha preocupado de la actualidad de su país, de lo que se cuece en la trastienda del estado, de quién sube al poder y quién lo abandona, ni de las últimas leyes que se han aprobado, de lo que ahora se estipula como delito, aunque antes no lo fuera. Y ya se sabe, el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento. Así que quizá sí que hubiera hecho algo ilegal al fin y al cabo. Porque, después de todo, ningún gobierno se iba a arriesgar a tomar medidas tan impopulares como éstas si el ciudadano no había cometido un delito acorde con el castigo. Así que sí: él debió cometer el delito del que se le acusó y por el que se le está castigando de esta forma, pensó José R. Si no, no se podía explicar la orden judicial que su madre leyó, y que la convenció de que, efectivamente, el hecho de que su hijo estuviera encerrado en una caja durante todo un día, 24 horas, era, no lo mejor, pero sí lo normal y lo lógico. Si no fuera así, ¿cómo hubiera podido ella, que lo parió de sus entrañas, aceptar esta situación, de ver a su carne y su sangre sometido a tan cruel castigo? Sí, pensó José R, su madre debía tener razón: tenía que calmarse y ver las cosas con claridad, intentar relajarse y pasar estas 24 horas, o las que fuese que quedaran por delante hasta el fin del castigo, porque no tenía manera de saber qué hora era ni cuánto llevaba encerrado, lo mejor posible. Al fin y al cabo, el tiempo es relativo. Si se distrae con algo pasará más rápido. Y si consiguiera dormirse, pasarían las horas y ni se daría cuenta.

Y eso hizo José R. Cerró los ojos, aunque en la práctica no hubiese ninguna diferencia con tenerlos abiertos, pero los cerró más como gesto simbólico que buscando un resultado práctico. Acto seguido, inspiró profundamente por la nariz, y soltó el aire con lentitud por la boca. Comenzó a sentir como su cuerpo se relajaba. Era una sensación agradable. De hecho, comenzó a notar como le asaltaba el sueño. Si conseguía quedarse dormido, en cuanto se despertase ya habría terminado esta pesadilla, estaría libre otra vez. Y retomaría el hilo de su vida donde lo había dejado. Dejaría de jugar durante tantas horas al día, y se enteraría de qué había hecho para motivar su encierro, sobre todo para no volver a cometer la misma falta que volviera a justificar un nuevo

encierro. Por nada del mundo querría volver a verse en la misma situación. Y así, poco a poco, fue adentrándose cada vez más en los dulces brazos de Morfeo, hasta que consiguió quedarse profundamente dormido. Pero, justo una milmillonésima de segundo antes de la caída definitiva en el sueño profundo, le asaltó un último pensamiento: ¿Y si cuando me despierte sigo encerrado, y todo esto vuelve a repetirse otra vez, como una pesadilla recurrente? No tenía garantías ni ningún modo de saber la verdad. Y, no obstante, ese pensamiento, que duró tan sólo un nanosegundo, no fue lo suficientemente espantoso como para robarle el sueño. José R quedó definitivamente dormido.

Cuando a la mañana siguiente abrió los ojos, José R pudo comprobar con alegría que podía ver la luz del sol entrando por la ventana de su dormitorio, que iluminaba las paredes y los muebles de su habitación. Aunque estaba boca arriba y miraba hacia el techo, pudo notar sin mirar que estaba en su cama de matrimonio, y notó, también sin mirar, que el cuerpo cálido de su mujer, con la que llevaba casi veinte años casado, estaba recostado a su lado. Notaba su calor, y escuchaba el suave ronroneo de su respiración. Se sintió feliz, y quiso levantarse. Pero, para su sorpresa inicial y su posterior espanto, su cuerpo se negó a obedecer las órdenes de su cerebro. Lo intentó con todas sus fuerzas, repitiéndose a sí mismo una y otra vez la orden mental de que tenía que levantarse, que debía levantarse. Pero allí se quedó, boca arriba, con los ojos abiertos, perplejo, sin comprender por qué no conseguía levantarse. Pensó en la pesadilla que había tenido la noche anterior, en la que había estado encerrado en una caja, y su madre, que llevaba años muerta, le hablaba incongruencias desde el exterior. Querría habérsela contado a su mujer cuando ésta se despertara, y ambos se hubieran reído de la misma mientras se tomaban un café. Pero ahora, que ni siquiera su garganta le obedecía y se negaba a emitir ni el más mínimo sonido, ¿cómo haría para contarle a su esposa todo lo que había soñado? Porque lo había soñado, ¿no? ¿O había pasado en realidad, y continuaba dormido dentro de la caja, y el sueño era lo que estaba viviendo ahora mismo? ¿Cómo podía saberlo? No tenía ninguna manera. Se sentía tan impotente ahora, sin poder moverse, como se había sentido cuando podía moverse pero una caja se lo impedía. Y ambas sensaciones poseían la misma fuerza, el mismo grado de realidad. Así que, ¿cuál era más real? No había respuesta.

Y allí quedó José R, tendido boca arriba, con los ojos abiertos, mirando al infinito sin lograr ver nada, sumido en la duda de si estaba despierto o dormido y soñando, sin poder mover ni el más mínimo músculo de su cuerpo.